

FRANCISCO VICENTE AGUILERA, MOTIVO DE POLEMINA.

Por Luis A. de Arce.

Desde hace cuarenta años, polemizan acerca de la revolución de 1868, con los nombres de Francisco Vicente Aguilera y Carlos Manuel de Céspedes. Sería más honrado que Cuba conociera y apreciara los servicios de ambos. Aguilera había sido un hombre nacido en un año de grandes cambios políticos en el mundo, el de 1821. Europa sufría hondas conmociones, y España poco aprendía de ellas para su régimen colonial, cada vez más rígido y despótico. Se ha dicho que un país es grande, no por sus habitantes y extensión terrestre, sino por los hombres que produce. Cuba presentaba al mundo ejemplos capaces de honrar a grandes pueblos. Sabios, estadistas y políticos sin patria, discutían en pleno Congreso español doctrinas y programas de recia raigambre filosófica. Jefferson iniciador de la Declaración de Principios Francesa, había sido bien asimilado por los prohombres cubanos. Desde Agustín a Luz Caballero, mucho podía escribirse de pedagogía patriótica. Estaba Arango y Parreño, que inclusive ilustró a algunos españoles sobre las reformas económicas en su Colonia. Escobedo y Mestre como juriconsultos, y en otro orden de cosas, tuvimos los mejores oradores de la América.

En todos los países hay un patriarca. Es el hombre que tiene semblanza de nazareno. Los pueblos lo admiran por su bondad. La rectitud misma, se plega muchas veces a los dictados del corazón y a la sensibilidad cristiana. Sin otro imperativo que el de servir a su patria y a la comunidad donde nacen y crecen, estos hombres lo han dado todo. A distintas partes tienen un

nombre diferente, pero su convicción es la misma porque les viene de idéntica fuente espiritual. En Bayamo, nació el patriarca cubano. De aquel pedazo de tierra adentro, había salido José Antonio Saco, como para asombrar al continente europeo, hablando y razonando mejor que nadie en su Historia de la Esclavitud. Francisco Vicente Aguilera, descendiente de ricos, nació y creció en un ambiente de holgura capaz de tupir los instintos más sensibles contra toda una época de oprobio. A él mal podían alcanzarle aquellos infortunios, siendo propietario de tres ingenios, diez mil caballerías de tierras con treinta y cinco mil cabezas de ganado vacuno y cuatro mil caballar, quinientos esclavos, varias fincas urbanas incluyendo la que ocupaba el teatro de la ciudad, y dos grandes casas en Manzanillo.

Educado por José Silverio Jorrin, en los propios bancos del colegio supo de la negativa española a admitir a los Diputados cubanos, y el secretodolor de un pueblo que a fuerza de ser culto se había ganado el aborrecimiento de los gobernantes metropolitanos, que como aquel Virrey Colombiano, sólo deseaba a estos países una enseñanza secundaria. Más tarde, visita a los Estados Unidos. Saturado de democracia, la simiente de libertad prende en su alma todavía demasiado joven, y bachiller aun, pierde al padre, que había sido su mejor guía. Aquel desafortunado accidente lo devuelve a Bayamo al lado de los suyos. Casado con una mujer rica como él y de alta alcurnia, tiene diez hijos. Su vida en Bayamo se desliza entre sus negocios y amistades.

Los españoles sentían intensa simpatía y hondo respeto a su figura y ejecutoria.

Nada por tanto lo obligaba a buscar en la revolución refugio para encubrir fealdades.

Con una modestia que le hizo honor, de refinadas maneras, porte elegante y varonil, puede considerarse como uno de los cubanos más populares y más queridos de aquella época. Muy prudente, midiendo cada palabra y cada gesto, sus fiestas sociales espléndidamente servidas, jamás degeneraron en crapulería populachera. Montando magníficos caballos, padre e hijos, se confundían en los festejos locales, y en saraos, ofreciendo suntuosos bailes a sus amigos íntimos.

Inconforme interiormente con el sistema colonial, rehusa con elegante cortesía el cargo de Regidor del Ayuntamiento, y cuando aceptó sin remuneración el de Alcalde ordinario, uno de sus gestos que más alto habla de él, es aquel en que aplicando justicia, condena a pagar a un pobre, y éste le confiesa la imposibilidad de cumplir. Toma Aguilera el dinero de su bolsillo, abona al acreedor y despide al deudor a quien acaba de condenar, como si nada hubiera ocurrido. Otro hecho, revela su condición cubanísima y entereza. El día de San Juan, en ocasión de celebrar esta fiesta el pueblo, alguien gritó: "¡Viva la libertad!"; inmediatamente las autoridades emplazaron a Aguilera, para que explicara qué conexión tenía aquel grito rebelde con él. Como el funcionario español le hiciera esta pregunta altaneramente, contestó él: "Señor Gobernador, nada tengo que ver con ese grito esporádico, pero Dios nos libre a todos de que yo dé semejante grito".

Se Conspira

Las divergencias entre cubanos patriotas y España se

vieron agravadas con el consorcio hecho por el Clero y el Estado español, por el cual se obligaba a pagar a los cubanos en escudos de oro en vez de plata. Vino más tarde el impuesto extraordinario por la guerra de Marruecos. Los descalabros de España en México, Perú y Santo Domingo fueron las arterias que alimentaron la sedición cubana. Bayamo fué de los primeros. La resistencia pasiva, que con tanta bondad pregonan los socialistas, se utiliza ventajosamente. Nadie pagó impuestos. España, ciega como para perderse, envió nuevos funcionarios con severas órdenes. El 25 de julio de 1866, día de Santiago, patrón de España, grupos de criollos montando bríos potros, entraron en Bayamo al grito de ¡Viva Cuba Libre! arrollando a policías y soldados. Alarmado el Gobernador acuarteló la tropa, sin que afortunadamente pasara de ahí la cosa.

Pero la copa se desbordó. El espíritu bayamés, siempre selecto, extremadamente celoso de su patriotismo, recibió la noticia de la reducción de categoría de Bayamo, ahora dependencia de Manzanillo, con sinceros deseos de organizar la revolución. Desde el principio, se habló de Aguilera. Con Joaquín Agüero, inició sus trabajos revolucionarios. Truncados éstos por la inesperada muerte de su madre, Aguilera viaja por los Estados Unidos, Francia, Italia e Inglaterra. De aquellos viajes trajo además de valiosas vinculaciones política, grandes enseñanzas. De nuevo al frente de sus negocios, comisiona a Francisco Agüero Arteaga, camagüeyano, escapado milagrosamente del patíbulo en 1851, para que organice la zona de Manzanillo. Vendiendo y regalando la mayor parte de la carne, Agüero en la carnicería de Aguilera, comenzó el alistamiento. Al fin el 2 de agosto de 1867 Aguilera for-

malmente toma la revolución como cosa propia. Acompañado de su primo Manuel Anastasio Aguilera, celebra una larga entrevista con Francisco Maceo Osorio. Citado Pedro Figueredo, se negó a concurrir si estaba presente Maceo Osorio por ser enemigos mortales. Dos palabras de Aguilera, hicieron que aquellos dos cubanos se estrecharan en un fuerte abrazo y desde entonces lucharon por la causa de Cuba.

Existe ya un Comité Revolucionario con Aguilera de presidente. Santiago de Cuba, Holguín, Camaguey y Las Villas, tuvieron su representación. De Bayamo vino Figueredo a La Habana a tomarle el pulso, a los revolucionarios de esta provincia. Al principio todo marchó bien. El Comité de La Habana prometió depositar seis millones de pesos en los Estados Unidos, pero la llegada imprevista del General Sherman, anticipando que el General Grant sería Presidente de los Estados Unidos, y que imponía como condición previa para lograr la libertad de Cuba, el que no se hiciese ningún movimiento sedicioso ni revolucionario, decidió al Comité de La Habana a no cumplir su promesa. A Bayamo regresó Figueredo con el corazón en los pies. Eso no fué óbice para que más tarde ya en plena guerra, algunos de estos hombres fueran Delegados del Gobierno Cubano en armas, en los Estados Unidos.

Aguilera no cedió. En Manzanillo, retorta de todos los movimientos independentistas, Belisario Alvarez de Holgun; Angel Mestre y otros, en el Guacanayabo, Vicente García, en Tuna, Aguilera, en Bayamo, reunidos en el Ingenio Santa Isabel, propiedad del último continuaron las reuniones, que comenzaron como simples sesiones masónicas.

Interviene Céspedes.

En Julio de 1868 la orga-

nización está en marcha. Ahora es Carlos Manuel de Céspedes, en Manzanillo, a instancias de Figueredo, el que organiza. En septiembre del propio año, se comisiona a Vicente García, para que busque un lugar donde reunirse a dar los toques finales. En un Rancho de la Hacienda San Miguel, con Salvador Cisneros y Carlos Mola, por Camaguey; Belisario Peralta, de Holguín; Vicente García, Francisco Rubalcava y Félix Figueredo, de Tunas; Donato Marmol, por Jiguani; Carlos Manuel, Jaime Santiesteban e Isaias Masó, por Manzanillo, y Aguilera Figueredo y Maceo Osorio, por Bayamo, comenzaron los debates, presididos por Céspedes que es el de mayor edad. Se fijó el día tres de septiembre, con la protesta de los Comisionados de Camaguey para el alzamiento. Allí quedó designado el Comité permanente bajo la presidencia de Aguilera y como Secretario, Maceo Osorio.

Otra reunión el primero de septiembre en la Hacienda "Muñoz", cerca de Tunas, ratificó la fecha del día tres. Luis Figueredo había ahorcado a un cobrador de contribuciones, español, y por este motivo andaba ya medio oculto. Aguilera regresó a Bayamo, un poco intranquilo por algunas cosas que había escuchado en el transcurso de los debates. Como primera providencia para asegurar los éxitos de la revolución, puso en venta la mayor parte de su cuantiosa hacienda. Una tercera reunión, pospuso la fecha del alzamiento para el 4 de diciembre como inaplazable. Céspedes fué avisado de la posposición personalmente por Aguilera en su Ingenio de Santa Gertrudis. El día tres en el potrero El Ranchón, propiedad de Manuel de Jesús Caivar, celebraron la última reunión en la que se aclama a Aguilera. La mayoría se produce por un inmediato levantamiento. Les parecía a aquellos valientes,



que ellos solos serian capaces de acabar con trescientos mil españoles armados. Pero Aguilera es hombre de meditaciones, de cálculos y de responsabilidad. Con palabra reposada, silencia e, enardecimiento patrio, que no alcanza a oscurecerle la realidad. El no es hombre que ve al través de lentes ajenos, ni tolera que se le pongan cristales oscuros para ocultarle palpitantes verdades. No quiere una guerra ahogada de antemano. No quiere confusiones con el ideal que los impulsa a la libertad. Si no hay armas, no hay guerra posible triunfante. Su peroración termina: "Es un axioma antiguo, señores, que para hacer la guerra son indispensables tres cosas: dinero, dinero y dinero; y puesto que nosotros vamos a hacer una guerra, veamos el dinero con qué contamos. Yo, por mi parte, que figuro entre ustedes como el primer capitalista, declaro que no tengo ninguno; veamos ahora cuánto podrán aportar ustedes".

El día 5 de octubre, Carlos Manuel cita en el Ingenio El Rosario, propiedad de Santiesteban sin contar con Aguilera. Concurrieron sin embargo, Manuel Anastasio y Agüero. En los debates se ignoró por completo el acuerdo de la tercera reunión con Aguilera, acordando alzarse el día 14 de octubre, a cuyo efecto se designaron comisionados para Tunas, Jiguaní, Bayamo, Camagüey y Holguín.

Así es como están las cosas, cuando la noticia llega a Aguilera, que en el primer impulso quiere ir a pedir explicaciones a Céspedes. Al fin triunfa en él su natural prudencia. Céspedes ha sido elegido Jefe por un grupo de hombres, que antes habían

asistido a las reuniones presididas. Su posición es delicada si se tiene en cuenta que esos hombres han prescindido de su jefatura a última hora. El final de aquel soliloquio fué que como todo un hombre de bien, se alistó en la jornada sin mencionar jerarquías. Su familia se preparó para salir rumbo a Bayamo, y él esperó el día 14 como pudo haber esperado sus esponsales o el nacimiento del primer hijo.

El Levantamiento.

No es cierto, como se ha dicho muchas veces, que Céspedes anticipara caprichosamente la fecha del alzamiento en provecho propio. No hay tal. El propio General Aguilera, supo que el Gobernador de Manzanillo, Francisco Fernández de la Reguera, había tomado medidas para impedir que él y su familia se movieran de Manzanillo, y que el día nueve salieran soldados a La Demajagua a detener a Céspedes y a todos los comprometidos. Manuel Anastasio se lo transmitió a Aguilera, y fué—sé pase bien—el propio Aguilera quien envió la noticia a Céspedes, por medio de una persona de toda su confianza, mientras que por otra parte, en tres carros hacia conducir apresuradamente su familia a Bayamo. Es cierto, sí, que no se le avisó al General Aguilera que fuera el día diez el escogido, y cierto también que aquello sacontecimientos le tomaron por sorpresa, pero en honor a la verdad, debemos reconocer que Céspedes obró impulsado por la amenaza de detención. ¿Cuál fué entonces el error? El de abrogarse la jefatura con el grado de Capitán General. Este es el punto neurálgico origen de polémica.

Caracteres disimiles, Céspedes, temperamento violento

5

0000222

y nervioso hace arder su ingenio y ordena el levantamiento. Esa misma jefatura, que es imprescindible en todo proceso revolucionario, y que nos demuestra cómo el día 12 de agosto de 1923 por falta de jefatura se fracasa, y triunfa el 4 de septiembre por nacer con ella, la ostentaron en igualdad de condiciones Bolívar, San Martín, Artigas y Washington. ¿Qué pudo haber reunido a los revolucionarios y haberlos dejado libremente elegir? La historia que es sabio, ha probado que en esa libertad estribó la derrota de la guerra de los diez años, que exigía la dictadura felizmente ostentada en Máximo Gómez, en 1895.

Además, Cuba ha recogido amorosamente el nombre del General Francisco Vicente Aguilera, hombre al que el destino le asigna el papel de aguililla, para que tramonte el vuelo y lleve sobre sus alas de oro, un pedazo de gloria cubana por los dos continentes.

Nadie ha tenido en Cuba más títulos para estar estampado en un sello postal, elevado en una estatua de bronce sobrio o fino mármol, y en el corazón de todos sus conciudadanos, que aquel viejo socrático, que tiene que llevar en definitiva a sus hijos en el exilio, a colegios de pobres de solemnidad, y que hace que sus hijas reciban costura paga, para poder comer en su casa, al compás de su honda amargura, de las incomprendiones de que se le hace objeto a cada paso, hasta deprimirlo totalmente. Envidiado en su posición, se le plantean cuestiones y se le envuelve en las mallas de la intriga. A pesar de todo resiste y lucha...

No lo abaten los desenga-

ños. A Céspedes escribe el 6 de junio de 1872: "Antes de concluir esta comunicación, debo añadir que en el momento que varíen las circunstancias de esta Asamblea General, saldré para los campos de la patria a ponerme a las órdenes de usted para, en calidad de soldado, compartir con mis hermanos las fatigas de la guerra que sostenemos, con el mismo entusiasmo que lo hice desde el memorable 10 de Octubre en 1858, en que comenzó nuestra gloriosa revolución".

En el propio año de 1872 va a Londres a entrevistarse con los banqueros ingleses Erlanger y Cía. Aquello fué un fracaso. Los ingleses querían una mediación con España. Aguilera rechazó de plano la oferta. Saltó a Francia. El cuadro era desolador; Iznaga informó al General de cómo andaban los cubanos allí, despilfarrando los dineros de la revolución, por cuyo motivo se negaba a apoyarla. Desanimado con estas noticias visita a Pozos Dulces, Valdés Fauli y a Saco. Con este último comprueba lo que Iznaga le había dicho: algunos cubanos desacreditaban la guerra. De la ceca a la meca, anduvo Aguilera, con las manos extendidas implorando ayuda, y en estas andanzas se quedó sin dinero para abonar el hotel. Con la cuenta en la mano, sólo se preocupa por el veredicto que darán contra los embajadores de la revolución cubana, cuando la miseria trascienda. Al fin dos prominentes cubanos le sacaron de aquel apuro.

Defensor de los Esclavos

Donde Antonio Saco estaba por aquellos días peor que Aguilera económicamente. Se leccionando libros para venderlos, le sorprendieron los cubanos cuando fueron a ver

le para oír de sus labios sabios consejos y orientaciones. El propio Aguilera escribe: "Ha sido José Antonio Saco, acaso la inteligencia más grande que haya producido Cuba. ¡Lástima que no se tuvieran en cuenta sus enseñanzas!"

Enterado en París Aguilera de que los negros esclavos en Cuba eran cazados con perros, formuló una vibrante protesta ante las Sociedades Abolicionistas de Londres, París y New York. Luchando contra la penuria y en vela durante muchas noches para no helarse en su cuarto sin estufa, nadie le oye una queja. Busca una entrevista con Thiers, y por medio del Gobierno Francés emplaza al de España para que considere nuestra libertad. En francés se publican aquellos trabajos en los que intervienen notables figuras y entre ellas Rafael María Merchán. Gambetta hace elogios de este cubano, a quien recibe en su casa como a un Príncipe. Aguilera emocionado enumera los desaciertos de España y destaca las luchas de los cubanos y sus sufrimientos. Gambetta lo despidió con estas palabras: "El pueblo que de veras quiere ser libre, lo consigue, en cuanto a la abolición de la esclavitud es un hecho consumado".

La Princesa Bonaparte ofrece ayuda a la causa y esto como es natural mueve la prensa nacional. El Diputado Germain Cassé, es el más asiduo concurrente a las tertulias de Aguilera. Un día este Diputado, a quien se consideraba como uno de los mejores enterados de asuntos políticos internacionales en el continente americano, hizo más o menos esta afirmación: "Cuba no

puede ser libre, sino Norteamericana". El Delegado cubano no se altera, fríamente le responde: "Cuba está luchando por su libertad, sin que nos interese confundir su destino con el de otra nación". M. Cassé ha tomado tanto interés por Aguilera, que le ofrece una entrevista con Víctor Hugo, para que éste haga suya también la causa de Cuba. Y verlo a su modesto alojamiento va el General francés Cremer que le ofrece venir a pelear a Cuba con todo su Cuadro de Oficiales.

Retorno e Incidente

Después de muchas peripecias y sinsabores en España, cae enfermo del estómago con alta fiebre. En este estado recibe a Betances que anda buscando prosélitos para el honor Portorriqueño.

Descorazonado y cada vez peor de salud, decide su regreso a New York. El día 26 de Marzo de 1873 pisa tierra americana, a sufrir más que nunca a que lo abofeteen los desencantos y lo minen las amarguras. A su regreso andaban los cubanos poco menos que envenenados los unos contra los otros. Entre Aldama y sus partidarios, los familiares de Céspedes y los amigos de Aguilera, se habían levantado al parecer infranqueables valedores. El Presidente Céspedes revocó todos los poderes dados a Aguilera, agravando la crisis. Pero esto fué poco con lo que vino después. A raíz de unas palabras fuertes, felizmente ahogadas en la soledad de una habitación, cruzadas entre Bernabé Varona y Aguilera, el día 18 de Abril del mismo año de 1873, ambos se dieron de puñetazos, agarraron a Varona por la barba a Aguilera

7

lera, que a su vez tomó a su contrario por el cuello, cayendo ambos contendientes encima de una cama.

A pesar de todas estas disonancias, una sola aspiración lo sostiene en tan terrible lucha: la libertad de Cuba. Sin perder las esperanzas de poder regresar a Cuba con una gran expedición, y desoyendo las constantes negativas recibidas una y otra vez, recibe el más terrible desengaño al enterarse de la desaparición de doscientos mil pesos, más invertidos por la Junta de New York. ¡Cuánta ignominia alrededor de un ideal!...

De Kingston residencia de su familia, después de un corto descanso vuelve nuevamente al teatro de sus luchas, New York. Una nueva decepción lo aguarda. Su íntimo amigo y protector Mayorga había muerto.

Pidiendo dinero prestado para sostener a su familia, su situación es ahora más crítica que nunca. El Vicepresidente de la República en armas, era poco menos que un pordiosero en un país extraño. Solamente ocho pesos pudo dejar a su numerosa prole cuando iniciara la vuelta a la metrópoli americana. En Nueva York, su sobrino Miguel Luis le pagó los veinticinco pesos de la pensión.

El día 13 de Octubre de 1873 el Gobierno de Cuba interesado en apartar a Aguilera de ciertas gestiones, ordenó que el Mayor General Francisco Vicente Aguilera retornara a su patria, amenazándolo con anular todo cuanto hubiere hecho si no cumplía la orden. Se le pagaron dos meses que le adeudaban, y en vano se esperó el cumplimiento de

ella, porque Aguilera no solamente se negó a entregar lo que para él fué siempre sagrado, sino que proclamó en voz alta la necesidad de hacer acusaciones públicas y pedir cuentas de la conducta de algunos cubanos en América. Aquello varió totalmente la escena.

Los sucesos del Virginius y la deposición de Céspedes constituyeron dos grandes infortunios. Así lo dice Aguilera cuando escribe: "Nadie podrá quitar a Carlos Manuel de Céspedes la gloria de haber sido el arrojado caudillo que en la noche oscura de la tiranía y del vejamen del pueblo cubano, al frente de un puñado de valientes y entusiastas patriotas, lanzara el guante al rostro del despotismo. Este acto audaz lo ha colmado de gloria y su nombre ilustre pertenece a la historia".

Así es como juzga Aguilera a quienes pudieran haberlo ofendido en su sensibilidad de hombre o de patriota. Llamado por la Cámara para que tome posesión de la primera magistratura, contesta diciéndoles que son sus mejores deseos retornar a los campos de la guerra, sin interés de cargos, pero que él aspira a regresar con una expedición, y ruega se le conceda esa esperanza. E inmediatamente organiza excursiones a Cayo Hueso y New Orleans, que levantan su ánimo sólo un instante, pues la noticia de la muerte de Céspedes, drama horrible de traición y de vergüenza, lo deprimen tanto, que jamás sus amigos lo vieron tan consternado.

Muere Aguilera

Sin poder ver logrado su

8

más caro anhelo, pisar tierra cubana, defraudado en 1875 y 1876 por dos veces consecutivas y con los horizontes de la costa natal a la vista, como si el destino quisiera jugar con sus ansias, tiene que retornar vencido al seno de una sociedad que comenzaba a serle hostil. Retraído en su casa, rodeado de familiares y amigos íntimos, y con el corazón destrozado al ver a sus hijos reclusos en un asilo de huérfanos y a su familia carente de todo, su salud comienza a decaer. Así se niega su garganta en medio de un discurso, en el que ya le bailan en las pupilas los futuros anfitriones al banquete de la muerte. Sus ayudantes con su permiso se alejaron en busca de trabajo y pan. Todavía en 1876 lucha a pesar de que el maj de la garganta progresa velozmente. Despojado de la Vicepresidencia de la República cuando precisamente viajaba en una expedición, y amenazado de perder su graduación, el diagnóstico de su mal es decisivo...

Al fin el año de 1877 le proporciona eterno descanso. El 22 de Febrero a las diez y media de la noche tras una agonía tormentosa, cayó desplomado en brazos de sus hijas, el que había sido fuerte contra la intriga y la traición, uno de los cubanos que no perdió nunca la fe en los desti-

nos de Cuba. Millonario entró en la guerra, y de ella sale para el más allá en la peor miseria. Conducido con altos honores sus restos a la Casa Consistorial de Nueva York, cubría su féretro la bandera que desplegara Narciso López en Cárdenas. Sobre los hombros de un grupo de negros cubanos, como el póstumo homenaje de ellos a quien había luchado por su libertad, en una imponente manifestación de duelo, fueron llevados hasta el Marble Cemetery sus despojos.

Este es uno de nuestros más bellos jalones de gloria. No importa que hoy la época todo lo cambie y que valores relativos intenten penetrar la historia por la puerta falsa. Rara vez ella se equivoca, y cuando lo hace porque falta moral y valor a quienes compete escribirla, siempre habrá una mano cívica y un corazón viril que coloque las cosas en su lugar para bien de las nuevas generaciones, que necesitan y desean conocer la verdad, aunque ésta ciegue, cuando no mate...

M, ah. 27/41